

DOS HOMILIAS EPISCOPALES



Con ocasión de la consagración del nuevo Obispo Auxiliar, Monseñor Gregorio Rosa, tanto el Nuncio como el nuevo Obispo pronunciaron sendas homilias, que necesitan de reconsideración. No es bueno que queden perdidas.

El Nuncio habló de lo que "la Iglesia y el Pueblo de Dios" esperan del nuevo obispo. Esa disyunción entre Iglesia y Pueblo de Dios no es correcta, ni es conforme al Vaticano II (cfr. LG, especialmente los números 13 y 30). Se habla de la Iglesia como si fueran especialmente la constituida por obispos y sacerdotes y se habla en la homilía del pueblo de Dios, como si éstos fueran los laicos. No es así. El pueblo de Dios lo somos todos y la Iglesia lo somos todos. Una cosa son los laicos y otra los sacerdotes, pero no puede confundirse pueblo de Dios con el mundo de los laicos cristianos (cfr. oración y colaboración del pueblo de Dios y relación entre el Obispo, el clero y los religiosos, que son dos secciones de la homilía). El punto es muy importante y podría llevar a equivocaciones graves, cosa que de ningún modo se pretende en la homilía.

En ella se recuerdan funciones capitales del Obispo, llenas de significado: el Obispo está puesto en favor de los hombres; debe realizar en sí la figura del buen Pastor que da su vida por las ovejas; no ha sido enviado a ser servido sino a servir; tiene que predicar toda la verdad sobre Cristo, tiene que predicar la verdad sobre la Iglesia, tiene que predicar la verdad sobre el hombre; debe hacer participar al ~~paxi~~ laico en la vida de la Iglesia con pleno respeto; tiene que ser defensor y promotor de la dignidad humana; debe acercarse a los pobres y marginados para hacer suyos sus problemas, de modo que su preferencia sea la de evangelizar y servir a los pobres...Son todas ellas afirmaciones muy hermosas y muy comprometedoras.

Por su parte el nuevo Obispo arrancó apoyándose en Monseñor Romero: "Han pasado más de dos años desde el ~~lax~~ martirio de monseñor Oscar Arnulfo Romero y Galdámez, el pastor bueno que, siguiendo los pasos de su Maestro, dio la vida por sus ovejas como luchador infatigable de la paz y de la reconciliación en este atribulado país". Excelente



exordio para una homilía y para un ministerio episcopal. Gracias, Monseñor Rosa, por haber llamado a la muerte de Mons. Romero por su nombre: 'martirio'; gracias por haberle llamado pastor bueno, gracias por reconocer que siguió muy de cerca los pasos de su Maestro; gracias por llamarle luchador infatigable por la paz y por la reconciliación. Usted vió cómo se lo agradecieron los oyentes, que habían seguído sin respuesta visible las palabras del Nuncio, en las que vieron afirmadas cosas buenas, pero abstractas, en las que vieron la falta de alusión a un modelo excepcional de obispo, cuando se estaba definiendo la figura ideal episcopal.

Monseñor Rosa hizo tema central de su homilía programática la paz. Y realmente es lo que necesita más de veras nuestro país en estos momentos. Una paz para cuya predicación no necesita la Iglesia ideologías extrañas, sean éstas las de las democracias cristianas o la de los socialismos marxistas. Porque algunos piensan que sólo es ideología el marxismo, que no es ideología la cultura occidental o la democracia norteamericana; porque algunos piensan que no puede florecer la fe cristiana y la Iglesia verdadera más que en regímenes del tipo occidental. La Iglesia está por encima de todo eso, aunque no por ello deba hacer caso omiso de todo tipo de ideologías.

Nos gustó también que Monseñor Rosa citara al Cardenal Pironio, otro de los proscritos por quienes se creen celadores de la ortodoxia y de la ortopraxis. Y nos gustó que se refiriera a las necesidades reales del país y a su compromiso preferencial por los pobres, que no implica exclusión de nadie, pero sí predilección por los más necesitados.

Ojalá que se cumplan todos estos nuevos propósitos enunciados tanto en la homilía del nuncio como del nuevo Obispo. Ojalá la Conferencia episcopal de El Salvador tome en serio este ministerio episcopal así descrito. Si esto ocurriera en alguna medida, es muy posible que se volviera a despertar la fe y la confianza de un pueblo, que se entregaba fervoroso a las palabras de Monseñor Romero y que, tras su muerte, ve con cierta distanciamiento el actuar de la Iglesia jerárquica.